

Yo desearía que los experimentos de Baretty fuesen universalmente confirmados; esta doctrina es la que mejor se amoldaría á las explicaciones fisiológicas... pero por ahora es preciso exclamar: ¡lástima que aún no sea verdad tanta belleza!

Vienen ahora las teorías correspondientes al que hemos llamado *período biológico-experimental* del hipnotismo; mas su exposición y discusión reclama capítulo aparte.

Beretismo y mermerismo. — Braid, el hipnotismo y el mesmerismo. — Importancia de los trabajos de Braid en la historia del hipnotismo y la sugestión. — El hipnotismo y la frenología. — Trabajos posteriores de Braid.

Porque así lo quiere el autor, consideraremos á la teoría de la *fuera névrica radiante* como una modificación de la de Mesmer. Repárese, no obstante, que ésta pertenece al grupo de las *cosmológicas*, mientras que la de Baretty entra de lleno en el de las del período biológico experimental.

De todos modos, aceptando la semejanza, diríamos que el *baretismo* de nuestros días, es un *mesmerismo* remozado que aparece como anacrónica subintración en el *braidismo*.

¿ Como explicaba Braid los hechos que comenzó á observar positivamente en su amigo Valkes y que á no tardar se multiplicaron infinitamente ante sus ojos?

Braid, que sin duda pensaba que *hipnotismo* y *mesmerismo* eran una misma cosa, no queriendo preocuparse más que de las cosas que él mismo había observado, y abrigando cuando menos dudas, ya que no sospechas, de simulación ó farsa en otros fenómenos nerviosos que le parecieron extraordinarios, empeñóse en establecer una distinción fundamental entre su doctrina (el *hipnotismo*) y la de Mesmer (el *magnetismo animal*). Cifró todo su conato en la investigación de los hechos y causas del *hipnotismo* y condenó al olvido los propios del *mesmerismo*.

El *hipnotismo* lo atribuyó á una perturbación del sistema nervioso, que sobrevenia siempre y cuando el sujeto concentraba la mirada en un punto luminoso ó brillante, manteníase en quietud su cuerpo y su atención se fijaba en una idea. En la producción de estos fenómenos todo depende del sujeto que los presenta; no hay fluido que proceda del hipnotizador, ni interviene positivamente para nada la personalidad del mismo.

Eso de ver la hora en un reloj colocado en la nuca ó en el epigastrio, leer cartas ó en libros cerrados, saber lo que sucede en lugares separados del en que se halla el sujeto por distancias kilométricas y adivinar la naturaleza de las enfermedades que afligen á las personas á quienes el hipnotizador hace referencia en sus preguntas, indicando luego los remedios que las son convenientes; todo esto, que según Braid formaba el patrimonio del *mesmerismo*, era, en su concepto, efecto de tramoyas y combinaciones arregladas de antemano entre el operador y el sujeto, contribuyendo al éxito los excesos de candor de que se hallaban poseidos los espectadores.

Braid consideraba obra de farsa la *transposición de los sentidos*; mas como alguno de sus propios hipnotizados apreciase la forma y color de objetos que no podía ver ni tocar, pero que eran colocados á corta distancia de su cuerpo,

dijo que estos fenómenos dependían totalmente de la exaltada impresionabilidad del sujeto. Si éste seguía, sin verle, los movimientos del hipnotizador, decía también que era otro de los efectos de la hiperestesia que le proporcionaba el *estado hipnótico*.

Prescindamos del valor de sus teorías; respetemos en Braid la repulsión que siempre manifestó para aceptar hechos de que no hubiese sido testigo, y disimulémosle los rigores con que trató al *magnetismo animal*; lo que no puede negarse á Braid es el mérito de haber sido el primero en dejar sentado que el *hipnotismo* se puede presentar bajo diversos grados y formas. A él se debe la primera exposición clara de los fenómenos hipnóticos. Por él sabemos que, según las condiciones del sujeto, el *hipnotismo* es variable desde la simple somnolencia hasta el estupor más profundo; que en ciertos casos el sistema muscular aparece tocado de relajación ó paresia, mientras que en otro, todo son contracciones clónicas y especialmente tónicas, locales ó generales, que constituyen la *catalepsia*; que, en ciertas ocasiones, hay un gran decaimiento de las actividades de la vida orgánica, con síncope, isquemia y debilitación del pulso y de los latidos cardíacos, al paso que en otros sujetos la circulación, la respiración y la calorificación presentan una intensidad inusitada. A Braid se debe también, en gran parte, por lo menos, el conocimiento de los alcances de la sugestión hipnótica; pues decía que, por medio de ella, así podía el hipnotizador anestesiar una región del tegumento ó un sentido externo y hacer desaparecer, ó cuando menos calmar un dolor neurálgico, como exaltar la impresionabilidad, aguzando la visión, el oído y el tacto, ó determinando dolores intensísimos, en ausencia de estímulos ordinarios. Por último, Braid tuvo claro conocimiento del influjo de la sugestión en los músculos, pues declara que por ella es posible poner en invencible contractura uno ó varios músculos de un determinado grupo fisiológico, ó bien ocasionar esa rigidez total, duradera y sólo mudable por la acción de las potencias exteriores, que todos conocemos con el nombre de *catalepsia*.

Mucha confianza debía tener Braid en las aplicaciones de la sugestión hipnótica como modificador de la inervación: tomando pie de la doctrina frenológica, que en sus años llegaba al apogeo del prestigio, creyó posible mejorar á la especie humana, influyendo por el hipnotismo en el cerebro, y teniendo en cuenta las aptitudes del individuo que fueren reveladas por el examen craneoscópico. De esta manera, á beneficio de la sugestión, consideró hacedero fomentar el desarrollo de las aptitudes buenas, al paso que reprimir ú oponerse al desarrollo de las malas inclinaciones. Braid entrevió la *ortopedia moral* por medio del hipnotismo, cosa que hoy día ya ha dejado de ser un mito en las manos de Voissin.

Braid vivió poco para poderse gozar en su obra; en su tiempo su doctrina no tuvo más que un mediano éxito; pero es indudable que él echó los fundamentos de cuanto hoy día sabemos sobre el *hipnotismo* y la sugestión. Seámosle agradecidos.

Reichenbach y la *fuerza ódica*. — *Electro-dinamismo y Electrobiología*. — Brocca y la anestesia hipnótica en Cirugía. — Concepto del Dr. Cullère sobre los progresos del hipnotismo. — Bernheim y la Escuela de Nancy. — El hipnotismo ¿ depende de la sugestión? — Casos favorables y contrarios á esta opinión. — Hipnotismo sin sugestión. — Sugestión sin hipnotismo. — Conclusión.

Desde mediados de nuestro siglo hasta los experimentos del Dr. Charcot, en la Salpêtrière (1879) en que el *hipnotismo* renace con nuevo impulso, sólo se ven trabajos aislados, que apenas despiertan la atención del mundo médico.

En Alemania, Reichenbach inventa la *fuerza ódica*, que prescindiendo de algunas particularidades, es la *fuerza néurica radiante*, con que Baretty explica el hipnotismo.

El *electro-dinamismo*, de J. P. Philips, y la *electro-biología*, de Grimes, son meros recuerdos del mesmerismo.

Brocca anuncia á la Academia de Ciencias aplicaciones del *hipnotismo* á la anestesia quirúrgica. Velpeau cobija estas ideas con el manto de su grande autoridad; pocos años después, Follin operaba enfermos hipnotizados por Brocca.

La *anestesia hipnótica* es combatida por Demarquai y Giraud-Teulon, en 1860; pero otros operadores se muestran propicios á la idea de Brocca.

« Hace apenas algunos años (dice el Dr. Cullère, en su bien escrito libro titulado *Magnetismo é Hipnotismo*, pág. 80), que en concepto de un gran número de hombres de ciencia, después del informe académico (raport) de Dubois (d'Amiens), no quedaba otra alternativa que el engaño ó la complicidad para los partidarios del sonambulismo provocado. Se decía que ninguna cosa demostraba la existencia del agente invocados por los magnetizadores; que un gran número de pretendidos sonámbulos han sido convictos de impostura y que, en fin, por su carácter fugaz, singular y frecuentemente extraordinario, los fenómenos sonambúlicos escapaban á toda clasificación y ley científicas.

» Pero ¿ qué importa que los magnetizadores se consideren en posesión de un agente del cual hemos probado la no existencia? Esto nada tiene que ver con la cuestión de hecho, única que nos interesa: saber si es ó no realmente posible el sueño provocado. No hace mucho tiempo que se admitía un fluido para explicar los fenómenos de la electricidad. En nuestros días se ha desechado esta hipótesis por una explicación más racional; ¿ acaso por esto se han declarado de nulidad los experimentos que desde Galvani y Volta la ciencia ha ido acumulando? ¿ Se niegan por esto el pararrayos, la luz eléctrica y el telégrafo? ¿ Acaso el experimento del sueño sonambúlico no puede ser reproducido á voluntad, como los de la electricidad ó de cualquiera de las otras ramas de las ciencias físicas? Obsérvese, además, que desde Lorenzo de Jussieu hasta el Dr. Charcot, ha mediado una serie no interrumpida de hombres de ciencia, que han comprobado los fenómenos sonambúlicos, y se han esforzado para ponerlos en evidencia, reproduciéndolos y para explicarlos. Todos esos hombres se habrían engañado del modo más grosero ó habrían sido mistificados en conjunto y con una

constancia y una perfección más difíciles de admitir al buen sentido que el mismo sonambulismo. Sería ridículo sostener opinión tan radical, y no lo sería menos pretender que todas las personas puestas en estado de sonambulismo, entre las cuales las hay muy instruidas, ilustradas é incapaces de mentir, han simulado el sueño. Muchos estudiantes han sido hipnotizados por Heidenhain, en Alemania, y por el Dr. Bremaud, en Francia; el primero ha hecho dormir á su propio hermano: ¿es admisible que éste se propusiera engañarle? Hack Tuke ha visto dormir ante él médicos, eclesiásticos y muchos hombres ilustrados. M. Ch. Richet ha hecho dormir á varios de sus amigos y á un gran número de personas de distinción; ¿sería lícito creer que todos han tratado de burlarse de él?»

Así, pues, si hay progreso verdadero y contemporáneo en la cuestión de hipnotismo provocado, estriba en que hoy día nadie puede dudar de su existencia, porque es un hecho experimental que se puede reproducir al infinito. En cambio, ¿hemos adelantado algo desde los primeros estudios de Charcot hasta hoy día en el sentido de la explicación de los fenómenos hipnóticos?

Hasta aquí hemos visto que, ni la teoría fluídica, ni la cosmológica, ni de la *fuerza néurica radiante*, ni de la fatiga del sistema nervioso, satisfacen las exigencias del método experimental. ¿Es acaso más afortunada la de la *sugestión*, sentada y defendida por Bernheim y sus colegas de la escuela de Nancy?

Según Bernheim, la *hipnosis provocada* es siempre el resultado de una sugestión que el hipnotizador ejerce en el *sujeto*, en virtud de la cual la mente de éste es toda atraída y queda concentrada en la idea del sueño. «El sueño viene; los párpados pesan; se va usted durmiendo: el sueño es irresistible; usted duerme»... Tales son las frases que el hipnotizador pronuncia ante el *sujeto*, y éstas, cual si tuvieran un poder más mágico, causan, á no tardar, el sueño.

El sueño hipnótico es, pues, en concepto de Bernheim, el producto de la *sugestión*. No habría hipnotismo sin previa sugestión.

Todo el que tenga alguna experiencia en la técnica del hipnotismo, no podrá desconocer que la *sugestión* es el influjo que se manifiesta más poderoso y al que se apela con mayor frecuencia cuando se trata de provocar el sueño hipnótico. Muchas veces se obtiene éste sin mediar la mirada del operador y sin obligar al *sujeto* á ningún esfuerzo de atención ni de fijación de algún sentido. Ahora mismo acabo de hipnotizar una niña coreica, de nueve años, á quien hice ayer la primera sugestión hipnótica por el procedimiento ordinario de la mirada. Ayer el éxito fué completo, desapareciendo súbitamente la corea, que era reciente, y la anorexia que la acompañaba: la niña, alegre y tranquila después de la sesión, comió con buen apetito una grande tajada de merluza y un panecillo. Hoy, porque decía que estaba curada y porque en mi gabinete había muchas personas, no ha querido ser hipnotizada; se ha enfurecido contra sus padres; ha llorado y ha querido huir... la he recibido en mis brazos, la he hecho una caricia y la he dicho: «¿Lo ves? Ya duermes». Al terminar estas palabras, la niña estaba profundamente dormida. Ni yo le había mirado á los ojos ni ella á los míos.

En cambio, de los hechos demostrativos de que la sugestión obra como agente *hipnógeno*, hay otros muchos en los que la *hipnosis* se presenta en ausencia de toda *sugestión*.

Una histérica del servicio de Richet, al ruido de un *tan-tan* que suena inopinadamente en la estancia contigua, quédase hipnotizada en el preciso momento en que curioseaba en un cajón de la cómoda en donde se guardaban las fotografías de la Clínica. ¿Qué sugestión interviene en la gallina, pollo, pato ó palomo que se queda inmóvil, hipnotizado, á los dos ó tres minutos de hacerle mirar una línea blanca sobre fondo negro, trazada con tino, en el sentido de la visual del ojo que está más próximo al suelo mientras el ave está echada?

Existe, pues, *hipnotismo provocado* sin *sugestión* previa. Y así tenemos que si bien la *sugestión* es uno de los medios para provocar la *hipnosis*, no es el único, lo cual significa al mismo tiempo que *hipnotismo* y *sugestión* son fenómenos esencialmente distintos, por más que, en muchos casos estén íntimamente ligados por vínculos de causalidad, pues así como la *sugestión* favorece y aun puede determinar por sí sola el *sueño hipnótico*, en ninguna ocasión se halla el *sujeto* mejor dispuesto para las *sugestiones* que durante este mismo estado. Si una prueba faltase para corroborar estas esenciales diferencias, bastaría considerar que, así como no es raro el *hipnotismo provocado*, sin que intervenga la *sugestión*, es aún mucho más frecuente la *sugestión* sin *hipnotismo* (*sugestión vigil*).

De ahí se deduce que hoy por hoy, no tenemos aún bastantes elementos para la designación de los agentes provocadores del hipnotismo, es decir, que carecemos de nociones claras acerca de la etiología determinante de este estado neuropático. ¿Estamos más adelantados en lo que respecta á su mecanismo íntimo? ¿Poseemos ideas más precisas acerca las mutaciones que experimenta el encéfalo, por las cuales podamos vernos conducidos á sentar una teoría fisiológica al abrigo de graves objeciones?

De la sugestión. — Su definición. — Estudio fisiológico del libre albedrío ó libertad moral. — Los motivos. — La comparación. — La libertad moral es una ilusión. — La conciencia. — El yo es una suma y no un poder psíquico. — Pruebas fisiológicas y anatómicas. — Ejemplos de sugestión vigil. — Predisposiciones individuales á la sugestión. — Mecanismo fisiológico de la sugestión. — Diferencias entre ésta y el automatismo. — Explicación por medio de una comparación. — Estudio de la conciencia y de la voluntad en la sugestión.

La nota más descollante en la exposición de hechos que se contiene en el artículo precedente, es que si bien la *hipnosis* es la condición que más predispone á la *sugestión*, ésta y el *hipnotismo* son fenómenos cerebrales esencialmente distintos. De ahí que, según llevo dicho, haya *sugestión* sin *hipnosis* (*sugestión vigil*) é *hipnosis* espontánea ó provocada sin *sugestión* previa.

Veamos, pues, ante todo en qué consiste la *sugestión*. estudiémosla separadamente, aislada, del *hipnotismo*; investiguemos cuáles sean sus causas predisponentes y ocasionales, é indaguemos, hasta donde nos lo permitan nuestros conocimientos de dinámica encefálica, cuál es su mecanismo anatómo-fisiológico.

*Sugerir* (en la más lata y conocida acepción de esta palabra) es incitar á un sujeto á ejecutar un acto, simple ó complejo, sin plena conciencia del mismo, y por lo tanto, sin libertad bastante para dejar de ejecutarlo (*sugestión positiva*). Habrá *sugestión negativa* cuando el sujeto se vea inconscientemente compelido á *omitir* la ejecución de un determinado acto.

La *sugestión*, en consecuencia, es el ejercicio de una actividad cerebral su-  
puesta, no reflexionada, y por lo mismo inconsciente.

Paréceme que el que tuviere idea precisa de esas ilusiones normales de la  
vida cerebral, que los psicólogos llaman *libre albedrío*, *libertad moral* y *con-*  
*ciencia*, se hallaría encaminado para comprender el mecanismo de la *su-*  
*gestión*.

Es tan libre el hombre de sentir, pensar, querer y moverse, como los  
cuerpos graves de dirigirse al centro de la tierra.

Y ese tenaz pensamiento  
Vuelve más fijo y más cruel  
Cuanto más lanzarlo intento.

GIL DE ZÁRATE.

Tenemos, no obstante, la ilusión de la libertad de nuestras acciones cons-  
cientes. Pronto veremos el origen de esta ilusión.

Los actos psíquicos están subordinados á leyes inmutables, como los actos  
de todos los seres del Universo. En méritos de estas leyes, queremos y obra-  
mos á tenor de los *motivos*. Llámense *motivos* á las impresiones ó estímulos  
que determinan cerebraciones conscientes. Hay cerebraciones inconscientes,  
y también para éstas son indispensables determinados estímulos. *Motivo*  
viene de *motus*, movimiento. No habría formal inconveniente en llamar tam-  
bién *motivos* á los estímulos determinantes de las cerebraciones incons-  
cientes.

Todos son movimientos. Los *motivos* de la cerebración consciente impul-  
san el *ánimo* en uno ó en otro sentido.

Inmediata ó mediatamente proceden del exterior: vienen del *Cosmos*. Los  
que parecen originados en nosotros mismos, no son sino reflejos. Vibraciones  
del *Cosmos* que, llegadas á los centros nerviosos se han modificado á tenor  
del medio á que se han propagado, y son reflejadas á favor de las redes celu-  
lares de la substancia nerviosa, hasta que se transforman en estímulos mo-  
tores ó de la contractilidad muscular, con lo cual son restituidos al *Cosmos*,  
tales como de él vinieron.

Del exterior ha venido, pues, el movimiento que ha puesto en función  
una serie, más ó menos complicada, de elementos cerebrales, para constituir  
un *motivo interno*, que es un estímulo funcional percibido con el carácter de  
*deseo* ó *volición*.

El que tiene memoria atesora impresiones é ideas. Los *recuerdos* espontá-  
neos ó evocados son frecuentemente *motivos* de reacciones cerebrales. Com-  
parando una impresión actual con otra pretérita conservada en estado de  
recuerdo, brota un *motivo* de acción cerebral, que se llama *determinación*. La  
*determinación* es la obra de la impresión que más excita en el momento que  
precede á la acción.

¿Somos libres respecto de los agentes cósmicos? ¿Lo somos respecto de  
los recuerdos? ¿Podemos sustraernos al influjo del medio en que vivimos?  
¿Está en nuestra mano librarnos de la tiranía de la memoria?

Somos fatalmente sensibles, fatalmente pensadores y fatalmente *recorda-*  
*dores*. En consecuencia, carecemos de libertad para hacer que simultaneen ó  
dejen de simultaneear en nuestro sensorio dos ó más recuerdos, dos ó más

impresiones actuales conscientes ó una ó varias de éstas con uno ó varios recuerdos.

No está, pues, en nuestra mano sustraernos á la *comparación*. Porque somos fatalmente pensadores y recordadores, somos *fatalmente comparadores*.

*Comparar* es como *pesar*. Si dos *motivos* (movimientos) de dirección opuesta, actúan (pesan; el lenguaje usual tiene dicciones como éstas: «el motivo que más pesa», «el peso de los motivos», «un motivo de peso») con igual fuerza, *fluctuamos, vacilamos, estamos indecisos*, estamos en el fiel de la balanza. ¿Cuándo nos decidimos? Cuando hay un *motivo* más poderoso que los otros que obran simultáneamente. Y siempre nos decidimos en el sentido del *motivo* que, en el momento que precede á la acción, obra con mayor intensidad.

La ilusión de nuestra *libertad moral* consiste en la función de comparar en la múltiple y simultánea intercepción de los estímulos generadores del movimiento cerebral determinante de las contracciones musculares. El *libre albedrío* es, pues, una ilusión interna, un resultado necesario de los *motivos*; y como no podemos sustraernos á los agentes que dan origen á éstos, no somos árbitros de las reacciones cerebrales que ellos provocan.

La noción de *conciencia* me parece también equivocada y nada conforme con la fisiología, si se admite, como quieren los psicólogos, que es una facultad del alma. Ese poder de conocernos, esa sensación cerebral íntima que nos proporciona la noción del *yo*, y que para los psicólogos es la prueba irrefutable de la existencia del alma, es tan ilusoria como la libertad moral. Conocerse á sí mismo, es conocer su propia persona. La persona es un complejo orgánico-funcional, un organismo humano viviente. Para conocer, es preciso sentir; para conocerse á sí mismo, es, pues, preciso sentirse á sí mismo; luego la noción de sí mismo es resultado de una sensación múltiple, es decir, de la de las partes de nuestro propio sér, cuyas actividades están enlazadas con núcleos cerebrales afectos á la sensibilidad consciente, ó sean los *tálamos ópticos*.

La noción del *yo*, la *conciencia*, no es innata. En los primeros años de la vida no hablamos de nosotros en primera persona, sino en tercera; es que aún no se ha formado en el cerebro la noción del *yo*. Esta se adquiere á fuerza de experiencia, ó sea en virtud de un buen número de juicios, de productos de actos de comparar las impresiones que nos causan los agentes externos con los que determinan los agentes externos con los que determinan los estímulos nacidos de nuestro propio organismo. El *yo* es la *suma* de nociones experimentales referentes á nuestro propio individuo.

Siendo el *yo*, la *conciencia*, un resultado, una *suma* de impresiones autóctonas, aumenta ó disminuye, según diferentes condiciones. Si la *atención* lleva la fuerza cerebral hacia las sensaciones externas, no pensamos en nosotros; cuando nos concentramos, cuando nos sustraemos al mundo exterior, atendemos sólo á nosotros mismos, nos sentimos más, el *yo*, la noción de nosotros mismos, aumenta de intensidad. Vivir *ensimismado* es abstraerse á los estímulos del mundo exterior y sentirse exageradamente á sí mismo.

Hay estados patológicos que aniquilan la noción de sí mismo. En las grandes destrucciones de la corteza cerebral que acompañan á la demencia, el sujeto pierde la memoria, y con ella la noción de su individualidad; en tal caso, como en la primera infancia, la conciencia es nula. Hay estados aluci-

natorios que producen *transformación de la personalidad*; el *licantropomano* no se conoce como á hombre, sino como á lobo.

Hay casos de *doble conciencia*; entre éstos, es sin duda el más notable el descrito por el Dr. Azam. Si la conciencia, *el yo*, fuese el alma, la enferma del Dr. Azam hubiera debido tener dos almas, que se habrían recíprocamente reemplazado cada cuatro ó cinco meses, pues la noción de personalidad de este sujeto cambiaba en esta proporción.

La *conciencia* no es, pues, un poder, una facultad psíquica, sino el efecto de una conjunción de impresiones que, procedentes de las capas corticales de los hemisferios, se concentran en los núcleos sensoriales del cerebro, que son los *tálamos ópticos*.

En efecto: la anatomía del cerebro enseña que desde los *tálamos ópticos* parten numerosas fibras nerviosas, que se dirigen y terminan en la substancia gris cortical de los hemisferios; cada fibra nace en una célula del *tálamo óptico* y termina en otra célula de la substancia gris cortical. Las células corticales se enlazan entre sí por infinitas prolongaciones, y lo propio hacen las de los *tálamos ópticos*. Este es el *substratum* por medio del que las múltiples escenas de sensación é ideación que se efectúan en el vasto territorio de las circunvoluciones cerebrales, son reproducidas en el núcleo encefálico; aquí estas vibraciones celulares se concentran á la manera que los rayos luminosos en el foco de una lente y los objetos de un vasto horizonte en el fondo del ojo, tapizado por la retina. Esta concentración engendra la percepción de unidad personal, que constituye la conciencia, el *yo* humano.

Comprendidas en su genuina significación fisiológica la *libertad moral* y la *conciencia*, se echa de ver que la ocasión de presentarse la sugestión será aquella en que las operaciones de comparar entre sí las actividades intelectivas, ideas y juicios, así como la de operarse la concentración de las propias actividades cerebrales en los tálamos, para determinar la noción de la personalidad, dejen de efectuarse. Faltando la *conciencia*, no puede haber libertad de determinación, ni por consiguiente, voluntad para obrar.

No es posible querer lo desconocido, porque toda volición supone la noción del objeto querido. En tal estado de la mente, una excitación autóctona del cerebro ó venida del exterior, pasará desde los departamentos sensoriales á los emotivos y se transformará en estímulo *excito-motor* inconsciente, y por lo mismo, involuntario.

El cerebro extático, inhibido de funcionamiento en sus regiones ó elementos ideativos, conscientes y volitivos, entra en funciones de médula, de bulbo ó de protuberancia; pierde su superioridad, lo que podría llamarse su nobleza, y queda reducido al papel de un centro de reflejismo inconsciente.

No ha mucho ha pasado por las capitales de Europa Mr. Cumberland y ha causado admiración en los salones y teatros por sus extraordinarias adivinaciones del pensamiento. Mr. Cumberland es un hombre sagaz, instruido y de finísima percepción. Al tomar en la suya la mano de una persona que sabe donde se halla escondido un objeto, conoce, por los movimientos que inconscientemente ejecuta el sujeto, si éste se aproxima ó se aleja de la cosa buscada; cuando disminuyen ó cesan las contracciones fibrilares de los músculos lumbricales, es señal de que el sujeto se aleja del objeto; cuando aquéllos aumentan, hay indicio inequívoco de proximidad ó contigüidad de éste. De la misma manera procede para adivinar un número, un objeto, un



animal imaginado; el sujeto, cuya mano sostiene el adivino, traza en el encerado las cifras ó el dibujo imaginado. Preciso es, empero, convenir en que es exquisita la sensibilidad del Sr. Cumberland para percibir los detalles de los pequeños movimientos manuales y hasta faciales, que la sugestión mental determina en casi todas las personas. Esto, no obstante, Cumberland, para sus experimentos, prefiere los sujetos nerviosos á los linfáticos ó sanguíneos y las mujeres á los hombres. La sugestión en los primeros es mucho más pronunciada que en los últimos. Descubierto el secreto de la adivinación del pensamiento, por do quiera ha pasado Cumberland, han brotado otros muchos adivinos.

Cuanto más próximos á la infancia, tanto más somos sugestibles. Si entonces aceptamos las creencias religiosas sin resistencia, es porque es escaso el patrimonio de nuestras ideas, y por lo mismo faltan objetos para hacer la selección voluntaria de las que más nos conviene asimilarnos. *Saber*, es obra de inteligencia; *creer*, es efecto de sugestión mental; sólo un cerebro adulto y bien cultivado es fuerte para luchar contra las sugestiones infantiles.

Frecuentemente el juez descubre en el rostro del reo el indicio de la culpa; es que la voluntad del acusado es muchas veces insuficiente para dominar, en los músculos y vasos de la cara, las mutaciones á que la auto-sugestión les obliga: *culpa rubet vultus*.

La existencia humana es un tejido de *sugestiones*; el beso del amante tiñe de púrpura las mejillas de la púdica doncella; las lecturas y conversaciones eróticas son contrarias á la continencia en uno y otro sexo; el soldado bisoño y temeroso se enardece en la batalla y hace prodigios de valor, al ejemplo de su jefe; un ruido estridente convele los músculos de la mandíbula, crispa la piel y pone erectos los bulbos de los pelos; tiémblanle las rodillas y súdale frío el rostro al estudiante en el examen; la vista y aun el nombre de un objeto sucio ó repugnante, causan repulsión por los manjares y aun á veces provoca náuseas y vómitos; inúndase la boca de fluida saliva á la vista de un manjar de buen aspecto ó de agradable aroma; causa *dentera* el hablar de fruta verde; un ferviente devoto ve cambiar la expresión del semblante de un crucifijo y hasta brotar sangre de las llagas de la imagen; para un buen creyente, melancólico ó nervioso, la virgen de Lourdes es panacea en todos sus males; el cojo arroja las muletas, el ciego recobra la visión, al sordo le parece percibir los sonidos más tenues, todos los dolores de los devotos se mitigan al influjo de la venerada imagen; los predicadores de Cuaresma... solían antes causar nocturnas apariciones de almas en pena, en los que descuidaban el sufragio de los deudos difuntos; ahora mismo, los *iluminados de Tolox*, que han dado pie á una ruidosa información judicial, seguida del correspondiente juicio oral, ¿qué son sino gentes sencillas, sugeridas por los delirios, medio místicos, medio lúbricos, de una infeliz histórica?

A nada conduciría continuar citando ejemplos de sugestión normal, en estado vigil, y por lo mismo, sin la menor intervención de la *hipnosis*; conviene, empero, dejar sentado que no todos somos sugestibles en igual grado ni en la misma forma; así que las predisposiciones á la sugestión varían según los conceptos siguientes:

1.º La infancia constituye la condición *higiostática* más abonada para las sugestiones intelectuales y afectivas.

2.º El sexo femenino es mucho más esclavo de la sugestión que el masculino.

3.º Los nerviosos, que son los más hipnotizables, son también los que más se prestan á la sugestión vigil.

4.º La ignorancia ó el escaso cultivo de la inteligencia, constituye asimismo una gran predisposición para las sugestiones de los sentimientos.

5.º Los hábitos de obediencia (profesión militar, vida monástica, servidumbre doméstica, etc.), favorecen, al par que el hipnotismo, las sugestiones en estado de vigilia.

6.º El estado de hipnotismo provocado es la condición más propicia para la *sugestión hipnótica*; pero sin hablar de ésta ni de la *post-hipnótica*, impresa en el cerebro durante el sueño hipnótico, es un hecho comunmente observado en la práctica que los sujetos que han sido hipnotizados varias veces, se prestan mucho más á ser sugeridos, aun estando despiertos, que los que no lo fueron nunca. Hace pocos días vino á mi clínica particular una coreica, á quien hipnoticé una sola vez; en otras visitas, estando despierta, me bastaba decirle: «paran los movimientos de las manos; las piernas no vacilan; habla usted claro; no hace usted gestos con los ojos y los labios», para que se produjese la cesación de las convulsiones coreicas, y esto duraba mucho tiempo.

Poco á poco nos vamos encaminando á la explicación fisiológica de la sugestión. Hagamos, con las ideas que preceden, un ensayo preliminar, entendiendo, empero, que aún nos falta conocer un coeficiente importante: la *inhibición*.

Dadas las condiciones individuales que predisponen á la *sugestión*, llega al sensorio una impresión que es su *causa determinante*. Esta, como vibración molecular que es, actúa en los centros perceptivos con tal intensidad y de tal manera, que sin propagarse á las capas corticales de los hemisferios, residencia de las células intelectivas, ó sin ser percibida por éstas, á causa de hallarse accidental ó permanentemente tocadas de inercia funcional (*inhibición*) es transmitida directamente á los centros excito-motores del cerebro, y desde éstos, por los nervios correspondientes, á los músculos. La sugestión, de este modo, no diferiría del *movimiento automático*; en éste, la impresión sensitiva se vuelve excito-motriz sin haber despertado la idea del movimiento. Pero esta paridad dista de ser exacta.

Una impresión acústica sugestiva, tal como la que producen las palabras «levante usted el brazo», no da por efecto la reproducción de un movimiento análogo al que la ha provocado (el cual sería la repetición de las palabras «levante usted el brazo»), sino el *movimiento de levantar el brazo*. Ha sido, pues, preciso que el mandato haya sido, no solamente *oído*, sino también *entendido* por el *sujeto*. Luego no sería exacto decir: que las impresiones generadoras de las *sugestiones* llegan á los elementos sensoriales y pasan á los excito-motores, sin trascender á los intelectivos. Pero estas impresiones intelectivas de carácter sugestivo ¿se propagan y difunden por los territorios celulares de la corteza cerebral y se propagan á las de los *tálamos ópticos* como las conscientes, á las que podríamos llamar *normales*? ¿Son, por consiguiente, enfocadas en los centros de la *conciencia*?

Pásese una comparación. La substancia gris de las capas corticales de los hemisferios es como un gran recipiente de agua. Una piedrecita cae en el

depósito; un sinnúmero de círculos de difusión aparecen en la superficie del líquido, teniendo por centro el punto directamente percutido por la piedra. Esta difusión de las impresiones es un hecho normal en la función intelectual, con la diferencia de que así como en el depósito los círculos de difusión alcanzan á toda la superficie del líquido hasta perderse en las paredes, en los actos de la inteligencia esta difusión es más ó menos circunscrita y puede efectuarse de una manera brusca ó lenta, según diferentes condiciones.

La impresión sugestiva llega á las regiones intelectivas: pero se limita á impresionar sólo á aquellos elementos que son indispensables para determinar el acto á que la sugestión se refiere; de esta limitación del movimiento celular intelectual resulta que la idea formada no es transmitida al *abstractum* de la *conciencia* (que hemos supuesto ser los *tálamos ópticos*). No puede, pues, haber en el *sujeto* la noción de la idea sugerida, y como éste no conoce su propio pensamiento, no se halla en el caso de aceptar ni repeler (es decir querer) el objeto ó el acto á que aquél se refiere: *ignota, nulla cupido*. Automáticamente ha nacido de la impresión sugestiva la *idea sugerida*, y de igual manera esta vibración de las células intelectivas ha sido transmitida á las células motrices de los centros cerebrales. No habiendo sido conocida la idea sugerida, no ha podido ser comparada con otra ú otras. A falta de comparación, necesariamente falta de elección y de volición... por esto el sujeto no ha sido libre de formar la idea ni de ejecutar el acto que á ésta corresponde.

He supuesto hasta aquí la sugestión más irresistible: la *obsesión*; pero no siempre la persona sugerida se halla totalmente falta de la noción de los actos que ejecuta, ni carece tampoco en absoluto de las correspondientes voliciones, siquiera sean éstas débiles; en estos casos, ni la conciencia ni la voluntad tienen suficiente energía para regir, como de ordinario, las acciones sugeridas; esas actividades intervienen como meros espectadores, no como directores de los actos.

De ahí resulta que en la *sugestión* puede haber ausencia total ó parcial del libre albedrío; nunca hay de éste la dosis que se requiere para obrar razonablemente.

Aquí podría terminar la difícil tarea de explicar el mecanismo fisiológico de la *sugestión*; pero falta dilucidar otro hecho que hemos dicho constituye uno de los coeficientes de la sugestión, esto es, la *inhibición* de las capas corticales del cerebro; mas como nunca la *inhibición* es tan manifiesta como en el estado hipnótico, me ocuparé de ella en el próximo artículo, en que expondré la *fisiología del hipnotismo*.

De la *inhibición*. — Discusión del valor de esta palabra. — Su definición, según Brown-Sequard. — El isquio-neurismo; teoría de la inhibición. — Simil aclaratorio. — Fisiología del hipnotismo, según Fontan y Segard. — ¿El hipnotismo es el automatismo medular, bulbar ó meso-encefálico? — Estado de la conciencia en los diferentes grados de la hipnosis. — Relaciones entre la hipnosis, la inhibición y la sugestión.

Úsase con frecuencia, en los recientes libros que tratan del *hipnotismo* provocado el término *inhibición*. ¿Hasta qué punto esta palabra está conforme con el fenómeno á que se aplica?

*Inhibir*, en el lenguaje llano, equivale á impedir, estorbar y prohibir; en el tecnicismo forense se emplea el verbo *inhibir* cuando se ordena al juez

que cese de entender de un proceso. Poncio Pilatos quiso *inhibirse* de las acusaciones contra Jesús.

*Inhibición* equivale, pues, á impedimento; llevando el sustantivo á la terminología médica, significaría impedimento, estorbo ú obstáculo para el cumplimiento de una función. De una rodilla anquilosada deberíamos decir que está *inhibida* de flexión y extensión; de un miembro paralizado, que está *inhibido* de movimiento y sensibilidad; de la tráquea y bronquios obstruídos por pseudo-membranas, que están *inhibidos* de respirar, etc.; y de este modo no habría estado patológico que no fuere acompañado de sus correspondientes *inhibiciones*.

De ahí resulta que ó el verbo *inhibir* y sus correspondientes nombres sustantivos y los adjetivos *inhibitoria* é *inhibición*, tendrían en Medicina una significación tan lata que su empleo sería de todo punto inútil, ó bien que es indispensable un convenio tecnológico, que circunscriba estas voces al valor que el uso reciente parece haberles acordado.

Aceptando este último partido, ¿diremos con Brown Sequard que la *inhibición* consiste en la *detención de la actividad de un centro nervioso, sin alteración orgánica del mismo, que sobreviene por efecto de la irritación de un punto del sistema nervioso más ó menos apartado del lugar en donde el efecto se observa?*

De esta suerte, la *inhibición*, respecto de la fuerza *néurica circulante*, de Barety, representaría lo que en los vasos capilares, la *isquemia* producida por la revulsión ó derivación. Suponiendo un fluido nervioso (hipótesis que hoy día carece de fundamento científico, en razón á que no es posible admitir fluidos imponderables) éste, por un estímulo excesivo, se acumularía en un lugar determinado, tomando su corriente una dada dirección, en perjuicio de la *neuricidad* de las restantes partes del sistema nervioso, las cuales sufrirían una *isquemia néurica*, un *isquio-neurismo*. Este *isquio-neurismo* sería la causa próxima de la *inhibición*.

Pero miremos el hecho desde un punto de vista menos hipotético, más conforme con el estado actual de la Ciencia. Ya no se trata de un fluido, sino de ondulaciones moleculares. Estas, en el modo de ser ordinario, difúndense por los diferentes ámbitos de la materia encefálica, á causa de que los elementos nerviosos se hallan en buenas condiciones de receptividad, impresionabilidad y transmisibilidad. Al punto en que las células corticales de los hemisferios cesen de poseer estas condiciones dinámicas, las ondulaciones venidas del *Cosmos*, y hasta las autóctonas, no podrán ser admitidas, ni transformadas, ni por lo mismo, transmitidas; quedarán muertas en las células cerebrales, como una fuerza física en una resistencia superior á ella, ó bien se encaminarán por la vía que encuentren practicable, si es que resta alguna expedita en los territorios celulares de los hemisferios.

Ese anonadamiento transitorio de las células cerebrales, esa inercia funcional en que se hallan, en diferentes circunstancias normales y patológicas y especialmente durante el *hipnotismo*, constituye la *inhibición*. En consecuencia, la *inhibición* no es más que *una impotencia dinámica, más ó menos pasajera, de un territorio celular más ó menos extenso del cerebro, sin lesiones materiales perceptibles de los elementos anatómicos*.

Para dejar más dilucidados estos conceptos, continuemos el símil de que nos hemos valido en el capítulo anterior para explicar la *sugestión*; el estan-

que percutido por una piedra. Mientras el agua permanezca fluida, el proyectil que cae en el depósito determinará las conocidas ondulaciones que se transmiten en la superficie, formando círculos de difusión; si el estanque se hiela, la piedra marcará sólo una huella más ó menos perceptible en la superficie; no veremos círculos de difusión. Vea el lector en este estanque helado la imagen del cerebro *inhibido*.

Si el agua está uniformemente helada en toda la superficie, no percibiremos en el depósito ondulación alguna; mas si en la superficie del mismo existen partes en estado fluido, la percusión de la piedra determinará un movimiento en el sentido de las partes líquidas; se establecerá una corriente ondulatoria, perfectamente visible y tanto más intensa cuanto más completa la congelación de las partes contiguas y más fuerte la sucusión impresionadora.

Las capas corticales de los hemisferios *inhibidos* son, lo repito, equivalentes á la capa de hielo del estanque. ¿Qué sucederá cuando una corriente impresionadora llegue, por las vías de la sensibilidad, á las células de que se componen aquéllas? La impresión se limitará al elemento ó elementos directamente receptores; no se propagará á los contiguos y mucho menos á los más distantes; no hará, por consiguiente, mella en los centros *conscientes*; no podrá ser *conocida*, ni por lo mismo, *comparada*, ni por consiguiente, *querida*; no causará, pues, efectos *intelectivos*, ni *conscientes*, ni *volitivos*, ni *determinativos*; será el caso de la fuerza muerta, la fuerza que se aplica á una resistencia superior.

Mas si en medio de la *inhibición* general de los hemisferios, existen territorios celulares no inhibidos, es decir, provistos de impresionabilidad y transmisibilidad cabales, la corriente *neurica*, no quedará detenida sino que se encaminará á través de esos territorios, y esto se efectuará con más intensidad que de ordinario, á causa de que la *fuerza neurica*, no pudiendo difundirse por dilatados territorios, deberá marchar toda en una sola dirección, la de la región ó regiones practicables. Así las aguas de los montes y praderas corren mucho más impetuosas al entrar en el cauce del torrente.

De ahí el origen de la *sugestión* en el estado hipnótico; hay una *hiperneurricidad*, en determinados puntos, á causa de inercia funcional, de *hiponeurricidad* ó *aneurricidad* general del cerebro.

« Algunos autores (dicen los doctores Fontan y Segard, en sus *Elementos de Medicina sugestiva*, pág. 47), tratando de determinar de una manera fisiológica el estado cerebral creado por el hipnotismo, han creído que la sugestibilidad no era más que el triunfo del automatismo sobre la actividad consciente. Sábese que á menudo los actos que parecen reflexionados, comprendidos y queridos, son resultado de una mera combinación de reflejos, perfeccionada por el hábito, y que de todos modos están fuera de los dominios de la conciencia. Así el que está preocupado no deja de ir á sus negocios, sin fijar la atención en las calles por donde pasa, en las personas con quienes se codea, ni en los carruajes de que se aparta. Este desdoblamiento de los actos del orden voluntario y cerebral, se opera en virtud de la superposición de centros, cuya gerarquía ha sido claramente formulada por Carpenter. Esos actos reflejos son reflecto-motóres, sensitivo-motóres ó ideomotóres, según se realizan en la médula, en el mesocéfalo ó en las capas corticales ».

» Ahora bien: la hipnosis tocaría de inercia á las capas corticales é impediría que las percepciones se transformasen en ideas. La supresión de los reflejos ideo-motores implica naturalmente la supresión de la conciencia. El acto realizado en este estado sería inconsciente, es decir, automático. La sugestión no haría más que usar despóticamente de este automatismo, dándole apariencias de determinaciones voluntarias ».

Hay perfecta paridad entre esta teoría fisiológica del hipnotismo y la que llevamos expuesta respecto de éste y de la sugestión, así vigil como hipnótica. Una y otra son perfectamente fisiológicas, y si bien ambas se pueden resolver por la hipótesis de la *fuerza néurica radiante*, no adoptamos esta explicación á causa de que los experimentos de Baretty no me parecen suficientes para considerar como demostrada la *radiación* de dicha fuerza. Si se multiplicasen los hechos; si abundasen los *sujetos* impresionables hasta el grado en que el autor hizo los ensayos en que fundó su teoría, yo adoptaría con gusto este partido.

Pero el *hipnotizado* ¿ es un autómeta? ¿ Hállase su cerebro en caso análogo al de las palomas á las que Flourens había cercenado los hemisferios cerebrales, á causa de lo cual habían perdido totalmente la conciencia y se hallaban privadas de toda iniciativa voluntaria, quedando su inervación reducida á los reflejos medulares, bulbares y mesoencefálicos?

No puede responderse á esta pregunta sin tener en cuenta los diferentes grados de que es susceptible el hipnotismo. « El sujeto (dicen Fontan y Segard), no ha perdido la noción de lo que pasa á su alrededor. En los grados remisos, los que constantemente empleamos, el sujeto oye nuestras palabras y frecuentemente puede contestar á ellas. A menudo replica á nuestros mandatos ó bien rehusa conformarse con ellos. ¿ Ha perdido la conciencia? ¿ Ha perdido su libertad personal? Esta, en verdad, se ha debilitado mucho, y de ordinario, después de haber rehusado someterse á la sugestión, el enfermo despierta y obedece exactamente á ella. Otras veces, sin embargo, establece distinciones respecto de las órdenes que debe ejecutar, y sólo se resuelve para las más fáciles.

» Un punto no menos curioso es la noción muy precisa de la posibilidad de ciertos actos. Si se ordena á un hipnotizado alguna cosa sorprendente, absurda, ó en fin, irrealizable, ó que á él le parezca tal, rehusará categóricamente hacerla, ó bien en tono de duda dirá por lo bajo « Lo probaré ».

.....  
» Difícil es decir en qué punto, entre el automatismo y la conciencia, se halla el hipnotizado. Parece que ocupa varios de ellos á la vez. Inconsciente (en la hipnosis profunda), puesto que no responde á las más vivas sollicitaciones, es consciente, puesto que registra la sugestión para dar cumplimiento á ella en el momento en que se le ha ordenado.

» Su cerebro se parece á un comerciante que no cesa de recibir demandas y que no cuida de hacer envíos.

.....  
» En suma, el hipnotizado puede recorrer todos los peldaños que van desde el automatismo á la acción consciente; pero el *sugestionado* pierde poco á poco la iniciativa de estas reacciones. Para *ponerse en marcha*, su máquina nerviosa tiene necesidad de la mano de un mecánico extraño á ella misma ».

Tratando de poner en consonancia estas ideas con las que llevo expues-

tas respecto del mecanismo fisiológico del hipnotismo y la sugestión, resulta: que el *yo*, la *conciencia* y la *voluntad*, pueden presentar intensidades diferentes y siempre proporcionalmente inversas á la profundidad del sueño hipnótico. En el primer grado de la *hipnosis* no hay más que una ligera obnubilación de la conciencia, por lo cual la sugestión ejerce un dominio bastante escaso, aunque mayor, sin embargo, de lo que á primera vista podría parecer tratándose de un sujeto que duerme oyendo y contestando al hipnotizador y á las personas que le rodean y que conserva recuerdos bastante precisos de lo que le pasó durante el hipnotismo; en el segundo grado la conciencia y la voluntad son ya impotentes para resistir á la sugestión; no obstante, el sujeto conserva algunas nociones de lo que le ha acontecido durante el sueño; en los últimos grados el sujeto se halla sumido en un estupor profundo ó quizá en estado cataléptico. En este grado no son posibles las sugestiones hipnóticas; pero es frecuente ver puntualmente obedecidas las *post-hipnóticas* ó ulteriores al estado letárgico, en virtud de las cuales, el sujeto, ya despierto, ejecuta los actos que le fueren impuestos por el hipnotizador, sin conciencia ni libertad y de tal manera, que los órganos de la vida de relación funcionan con un automatismo de todo punto semejante al que preside á las funciones de la vida orgánica. Tan libre es en los movimientos que se requieren para ejecutar el acto de robar un reloj la persona á quien durante el hipnotismo se la hizo esta sugestión *post-hipnótica*, como del movimiento peristáltico de sus intestinos en los actos digestivos.

En resumen: *hipnotismo*, *sugestión* é *inhibición* son tres fenómenos de la neurilidad que suelen coincidir y predisponerse recíprocamente; pero cada uno es en sí diferente de los otros, razón por la cual no es raro observarlos separadamente en uno mismo ó en diferentes sujetos.

Disto mucho de considerar agotadas las interpretaciones á que se presta la múltiple fenomenalidad del *hipnotismo* y la *sugestión*; lo dicho bastará para satisfacer, por lo menos perentoriamente, la urgente necesidad de ofrecer una explicación de estos admirables fenómenos. De hoy más, saliendo del terreno teórico, me limitaré á la exposición de hechos, entrando de lleno en el campo de la práctica, especialmente en cuanto concierne á las explicaciones terapéuticas y tratando, en el próximo artículo, de la *Técnica del hipnotismo y de la sugestión*.

Técnica del hipnotismo. — Manera de hipnotizar. — La mirada. — El ruido. — Proceder del autor por la mirada y la *sugestión hipnogénica*. — Dificultades dependientes de preocupaciones. — Rareza de la hipnosis no deseada ni consentida. — Sugestiones curativas: manera de hacerlas según los síntomas á que se aplican: dolores, parálisis, contracturas, etc. — Manera de despertar. — Hipnosis por el retrato ó la tarjeta.

Cada uno tiene su manera de hipnotizar. La propiedad de hipnotizar por la mirada no es cualidad que dependa ni esté ligada á la naturaleza del hipnotizador, ni es privativa de nadie. Cualquiera puede adquirir, en escala más ó menos alta, esta aptitud, si para sus primeros ensayos dispone de un buen sujeto y se atiene á las reglas del *arte*.

Sucede, empero, que las aptitudes del hipnotizador se acrecientan notablemente por la práctica. Es, según mi concepto, que el ejercicio da seguridad y confianza en el éxito: sin tener conciencia del hecho, el discípulo del

hipnotizador se encuentra transformado en profesor consumado y hasta en maestro. Aquí, como en tantas otras cosas, el arte es el hábito.

Algunos, que no tienen bastante seguridad en la eficacia de su mirada, consiguen provocar el sueño hipnótico colocando un objeto brillante ó un foco luminoso á corta distancia de los objetos del sujeto y de modo que éste se vea precisado á mirarlo por convergencia superior de los globos oculares.

Las personas muy nerviosas se hipnotizan por un fuerte ruido. Este medio me parece ocasionado á resultados poco apetecibles, pues en lugar de producir un estado sonambúlico más ó menos profundo que es el más conveniente para las sugerencias terapéuticas, expone al riesgo de causar letargo ó catalepsia, estados poco ó nada útiles para la medicina sugestiva.

Yo me valgo casi *siempre* de la mirada, unida á la sugestión que llamaría *hipnogénica*.

He aquí como procedo :

Ante todo, trato de obtener, no sólo el consentimiento del enfermo, sino la expresión de un vivo deseo de ser hipnotizado. No hipnotizo á nadie como no venga acompañado de algunos de sus parientes, deudos ó amigos.

— El mal de V., — le digo — tan rebelde como hasta ahora ha sido á las medicinas, baños, unturas y demás remedios, puede ser aliviado dentro de un instante y curado entre muy pocos días; no tiene V. que sufrir nada; no experimentará V. ninguna pena, ni le puede sobrevenir ningún mal resultado; bastará que V. me mire y que, del influjo de mi mirada, quiera dormirse, y que piense que se está durmiendo.

» — ¡Oh, oh! — dicen algunos, previamente sugestionados por quien debe tener empeño en que no prospere la medicina sugestiva — esto es cosa de magnetismo;... la Iglesia lo condena;... es pecado;... no quiero, no quiero que me *magnetizen* ». Así suelen expresarse también los locos melancólicos, poseídos de delirios místicos (á veces es difícil decir si éstos son obra de educación ó de locura ».

A los que hallo en tales condiciones (si no cabe el diagnóstico de locura) les abandono, diciéndoles :

— Dejémoslo por ahora... Cuando tendrá V. mejor idea del hipnotismo y de mi persona, podrá volver. Entre tanto, siga V. con sus males y tome remedios de la botica, como ha hecho hasta ahora;... ahí tiene mi receta (y se la doy).

A veces (mayormente cuando hay empeño de persona sensata junto al enfermo) se consigue el resultado aprovechando una ocasión de hacer presentir al enfermo una sesión de hipnotismo con sugestión terapéutica. Raro es el caso de que, viendo un ejemplo de esto, el más rehacio no abandone sus preocupaciones y no se preste á la hipnotización.

De ahí se deducé que, sin negar en absoluto que una persona en condiciones normales del sistema nervioso, pueda, *por primera vez*, ser hipnotizada contra su voluntad, la hipnosis *no deseada y no consentida* debe ser bastante rara.

En cambio, cuando un sujeto haya sido, una ó varias veces, hipnotizado, podrá su propio hipnotizador dormirle sin que él lo advierta ni quiera, bastándole á aquél decir : — Duerma. — Ni en locos completos ni en niños, me ha sido dable, sino en muy pocos casos, conseguir el sueño hipnótico... porque no han tenido ni el conocimiento ni la voluntad que para el caso se requie-



ren. No he ensayado, en personas cuerdas, la hipnosis por sorpresa, porque, á más de parecerme poco conforme con la moral, la considero peligrosa.

Una vez he obtenido el consentimiento y la manifestación del deseo de ser hipnotizado de parte del sujeto, le digo :

— Fije V. bien la vista en las niñas de mis ojos;... así; más fijo... más fijo... Piense que se va V. durmiendo... No piense en si duerme ó no duerme... Sólo piense que se está V. durmiendo... V. me oirá siempre, porque yo no pararé de hablar. A V. le parecerá que no duerme, porque me oirá;... pero dormirá, porque, si me oye á mí, es porque yo querré que me oiga... Ya ve V. cómo se le fatigan los ojos;... es que el sueño viene; los párpados pesan... pesan;... son de plomo... tiene V. cara de sueño;... los párpados se van cerrando;... ya respira V. de sueño;... los ojos se cierran; se cierran;... ya están cerrados;... tiemblan, vacilan;... no puede V. abrirlos;... no podría;... no podría;... intente abrir los ojos;... es inútil... no puede... no puede abrirlos;... V. duerme, pero me oye... quiero que me oiga. Duerme la cabeza... más... más (y comprimo suavemente los globos oculares á través de los párpados y voy tocando cada región á medida que las voy nombrando). Duerme el pecho... el pecho duerme... ¡qué descanso!... duermen los brazos... caen... ya caen relajados (y, en efecto, caen). Duermen las piernas; duermen los pies... Está V. dormido, bien pormido. (Produzco dos ó tres inspiraciones nasales imitando el ronquido del sueño).—Ya no siente en los brazos ni los pellizcos (y le doy dos ó tres, el primero muy flojo y los demás más fuertes) ni los alfilerazos (y le pico dos ó tres veces con un alfiler); á veces dejo uno atravesado y digo: — Ni lo siente V. ahora, ni lo sentirá cuando esté despierto, hasta que yo quiera. — Cruce V. el dedo medio sobre el índice. (Si no puede hacerlo el sujeto, se lo hago yo). — No podrá V. descruzar estos dedos mientras duerma, ni cuando esté despierto, hasta que yo se lo mandaré. No tiene V. voluntad propia; la voluntad de V. es la mía. Su naturaleza y sus nervios me han de obedecer.

En este estado, ha llegado la ocasión de las sugerencias curativas. Si se trata de un dolor, digo:—¿Dónde le duele? Respóndame V. y señale el punto del dolor. El enfermo dice, por ejemplo: la cabeza, el pecho, etc., y señala el lugar.—Pues bien, este dolor ya amaina, ya calma... ¿Ve V. como calma?... va calmando... ha calmado. ¿Ha calmado? Respóndame V.: — Sí, señor (suele decir), pero aun queda un poco. — Pues bien, fuera ese poco de dolor... fuera... ya no queda nada de dolor... yo lo quito, yo lo quito. (Y voy haciendo con los dedos la acción de quitar ó arrancar alguna cosa que estuviera enclavada en el sitio dolorido). «Ya está fuera... ya ve V. como no queda nada de dolor... Diga V.: ¿queda algo? — No, señor. — Entonces ya el dolor no volverá. porque no puede volver... Está V. curado del dolor».

De la propia manera procedo si se trata de una parálisis ó paresia muscular ó sensitiva, con ó sin contractura.—Ya se alarga la pierna,—digo—ya se estira el pie... más... más. Ya adquiere fuerzas para sostenerse... levántese; ya está levantado... Ande V. No le duele y tiene fuerza... Más listó... ande V. dos pasos; seis pasos. Descanse V... vuelva V. á andar... No necesita V. apoyarse. Deje V. la muleta ó el palo... Ande V. aprisa... ya puede saltar... salte... corra... ya corre. En dos ó tres sesiones quedará V. curado... Cuando V. vuelva, se dormirá al minuto de mirarme... Ahora le voy á despertar... Estará V. alegre, contento de su alivio y muy esperanzado en su

próxima curación... Comerá con buen apetito... digerirá bien... Dormirá toda la noche, sin ensueños ni pesadillas.

Uno ó dos soplos á la cara, acompañados de estas palabras :—Despiértese V.... ya está V. despierto, bastan para desvanecer el sueño hipnótico. Otras veces digo :— Cuento V. en voz alta hasta diez... al llegar á diez quedará V. despierto... y así sucede.

Hay muchos sujetos que, ya despiertos, niegan haber dormido, y dicen :— He oído todo lo que V. ha dicho ; me parece que no he dormido. — Pues bien,—replico— mire V. su mano : ¿ cómo es que están cruzados esos dedos ? Y ese alfiler que tiene atravesado en el brazo, ¿ quién se lo ha clavado ?... Vamos á ver si V. puede enderezar los dedos... á que no puede V. ? ». Muchos son los que, tocados de sugestión *post-hipnótica*, no pueden mover los dedos. Esta queda desvanecida instantáneamente diciendo :— Los dedos se descruzan ». Ante muestras tan irrecusables, el sujeto, atónito, confiesa que se ha dormido.

En varios casos, desde la primera ó segunda sesión, sugiero al enfermo que se quedará dormido con sólo mirar mi retrato ó una tarjeta mía con mi firma, precedida de la palabra : « Duerma ». Este procedimiento es muy cómodo y no falla casi nunca. Tiene la ventaja de que se puede provocar la hipnosis y aun hacer las sugestiones convenientes en el propio domicilio del enfermo sin necesidad de la presencia del profesor. Para tales casos se necesita contar con la confianza que al enfermo le merece la persona que le acompaña. No entrego mi retrato ni mi tarjeta rubricada sino á un próximo pariente del interesado. Al encargado de presentar estos objetos le hago repetir textualmente varias veces las palabras de las sugestiones que deberá hacer.

No hay proporción entre la profundidad del sueño y la eficacia de las sugestiones. — Grados del hipnotismo según la Escuela de la Salpêtrière. — Estos estudios corresponden á los del grande histerismo. — Grados del hipnotismo según la Escuela de Nancy. — Grados que nosotros admitimos de conformidad con la clínica. — Hipnosis ligera, mediana y profunda. — Grados más convenientes para las sugestiones terapéuticas.

No hay proporción entre el grado de la hipnosis y la eficacia de la sugestión ; de ahí que los resultados curativos de las sugestiones hipnóticas no guarden relación con la profundidad del sueño provocado.

Con mi distinguido amigo y estimado compañero, el Dr. D. Joaquín Bonet, hemos visto, hace poco, una señora histérica, en quien era tan profunda la hipnosis, que ésta aparecía desde el mismo instante en que ella fijaba en mis ojos su mirada, quedándose en el acto sumida en profundo letargo, sin que, ni por enérgicas sugestiones, ni por fricciones en el vértice, ni abriéndole los ojos, fuese dable hacerla pasar ni á la catalepsia ni al somnambulismo, que era el estado que anhelábamos, para insinuar sugestiones terapéuticas. Sólo después de extraordinarios esfuerzos y grandes estímulos, se consiguió despertarla. Traté de hacerla dormir con una tarjeta mía que decía : « Mirando estas letras se va V. durmiendo, pero no más que un poco. — Giné ». Ya desde el primer ensayo la enferma se quedó tan alérgada y con tanta rapidez como cuando la hipnotizaba con la mirada. Fué preciso desistir de toda sugestión terapéutica, pues no hubo medio de insinuar ninguna, á causa del excesivo alcance del hipnotismo (letargo).